

SOBRE UNOS FOLLETINES

(ARTÍCULO CASI LITERARIO)

(1881)

Estamos abocados á una catástrofe de las mayores.

¿Quién sabe lo que puede pasar?

La paz de Europa, la tranquilidad del mundo, el curso de los astros, está pendiente de la resolución del conflicto.

Cuestión de vida ó muerte, lucha titánica y más que titánica. Ninguno de los genios de la guerra, desde Nembroz hasta Martínez Campos, ha presenciado jamás un combate tan encarnizado ni tan decisivo. No se trata ya, como en la batalla de Lepanto, de saber si Europa ha de ser cristiana ó mahometana. Se trata nada menos que de saber si ha de ser *La Correspondencia* ó ha de ser *El Imparcial* quien ha de publicar una novela francesa.

La rivalidad es antigua. *La Correspondencia* y *El Imparcial* siempre han andado á la

graña; primero, sobre cuál de los dos paga más derechos de timbre; segundo, sobre cuál de los dos publica novelas más malas.

Una vez *El Imparcial* denunció la novela de *La Correspondencia*, poco más ó menos, en estos términos:

«¡Alerta, padres de familia! que mientras vosotros dormís la mañana con la tranquilidad del justo, se introduce por debajo de la puerta de vuestro domicilio un ladrón, no de vuestro dinero ni de vuestras alhajas, sino del pudor de vuestras esposas y de la inocencia de vuestras hijas. Ese ladrón es la novela del folletín de *La Correspondencia*; leedla y veréis lo que es bueno.»

Y en efecto, era una novela de Ponson-du-Terrail, tan pronunciadamente *verde*, que sólo en dos hojas tenía tres adulterios y un incesto. Lo que valía era que estaba muy mal traducida, y casi no se podía entender.

«Pidió la distancia con la vista», «atravesaron á lo largo del río» y otras cosas así tenía á cada paso; pero ni esto valía del todo para evitar el mal, porque lo *verde*, por desgracia, se entiende en cualquier lengua.

No es menester decir que *La Correspondencia* se vengó ampliamente. ¡Oh, sí! Teniendo nombre de mujer no podía menos de vengarse: y su venganza fué terrible.

Pasaron pocos días, muy pocos, y apareció en *La Correspondencia* el mismo cartel de *El Imparcial*, vuelto por pasiva.

«¡Alerta, padres de familia! que mientras vosotros dormís la mañana tan tranquilos, se os mete por debajo de la puerta, como que no hace nada, un ladrón del pudor de vuestras esposas y de la inocencia de vuestras hijas. Ese ladrón es *El Imparcial* con su hoja de *los lunes*: leed la última y veréis lo que es malo.»

Y en efecto, en aquella hoja había un cuento titulado *A la puerta del cielo*, cuento de un *verde* tan subido, que creo que el gobernador civil tuvo que ordenar la recogida y multa por motivos de policía urbana, y el periódico necesitó disculparse ante sus lectores, diciendo que aquello se había publicado por un descuido.

Con estos antecedentes el litigio de ahora no podía menos de ser interesante.

Y eso que no es nuevo. Porque los anales de la industria folletinera están llenos de estas peleas iliterarias.

Ya en aquellos años posteriores al cuarenta contaba mi paisano *Fray Gerundio* con mucha gracia la escarapela habida entre *El Español* y *El Herald*, sobre cuál de los dos había tenido antes intención de publicar, traducida en castellano, llamémosle así, una novela del folletinista de moda entonces, Alejandro Dumas (padre), titulada *Memorias de un médico*.

Tenía entonces en París cada empresa periodística de aquéllas una especie de embajador literario, encargado de negocios ó minis-

tro residente, que esto de la categoría no estaba del todo bien acribado, con encargo de estar en acecho de cualquier novedad literaria que saliera, y enviarla á Madrid por el primer correo, para dar la traducción en seguida.

Un poco más tarde comenzó á parecer pesado el tener que aguardar á que las novelas francesas se publicaran en París para dar la traducción en Madrid, y algún embajador de aquellos ideó la manera de publicar una novela en Madrid al mismo tiempo que en París, yendo á la imprenta y obteniendo del impresor francés unas pruebas sacadas á mano.

Gran descubrimiento, pero que se vulgarizó al instante, comenzando la rivalidad y la competencia, y dándose el caso de que se juntaran en una imprenta á pedir pruebas de una misma novela, media docena de pleni-potenciarios de aquellos, que formaban, por decirlo así, el cuerpo diplomático de las potencias traductoras de España.

Siguió progresando la folletinería, y alguno de los periódicos madrileños llegó á obtener de un novelista francés la señalada merced de que su novela *tal ó cual* se publicara, primero que en francés, vertida al castellano. Así se publicó *Martín el Expósito*.

Y como quiera que en dando en progresar una cosa ni el demonio que sepa dónde pára, otro periódico imprimió un nuevo adelanto á la industria, contratando la publicación de

una novela francesa antes de que el novelista la hubiera escrito.

«Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros lectores—dicen que dijo una vez *El Heraldo*—que seremos los primeros en publicar, traducida al castellano, la novela que *piensa* componer el popular novelista Eugenio Sué, con el título de.....» (cualquier cosa.)

Y por último, dále de aquí, dále de allá, se llegó en esta tierra de Cervantes á litigar sobre la prioridad de la intención de traducir una novela trasnspirinámica.

Pasó la moda y decayó no poco el primitivo fervor del vulgo por la literatura gabacha. Operóse una reacción saludable en favor de la novela nacional. Mas ¡ay! que los encargados de apacentar al público voraz cuando pidió novelas españolas, los novelistas de á medio real la entrega, que después fueron abaratando y se pusieron á cuartillo y últimamente á cuarto, lo hicieron tan mal, que se dieron forma de estragar el paladar literario de los lectores hasta el punto de hacerles volver á las andadas.

Es decir, á las francesas.

La Correspondencia, fiel adivinadora de los gustos del infinito número de aquellos señores de quien habló el Espíritu Santo en el *Eclesiastés*, los cuales casi todos son suscritores suyos, no se descuidó en popinarles el

pasto apetecido, y en poco tiempo les hizo saber por medio de la pluma estrepitosa de Ponson-du-Terraill todos los horrores que pasan en París, y aun los que no pasan.

Mas como todo alimento por bueno que sea llega á cansar, si se continúa, este pasto literario, á pesar de ser malo de remate, llegó á cansar también á los infinitos; y las novelas de Ponson, con toda su variedad de accidentes y su criminal movimiento, parecieron lánguidas, pesadas y sosas.

Era menester buscar algo más apetitoso, es decir, más malo, y *La Correspondencia* celebró una conferencia diplomática con Javier de Montepín, por fruto de la cual tuvo la satisfacción de anunciar á sus infinitos que ella sola publicaría en adelante y ellos solos leerían las novelas de Javier de Montepín, mediante el pago de trescientas pesetas por cada una, comenzando luego á cumplirles la palabra con una que el primer día se titulaba *El fiacre número 13*.

Reíme yo en *El Siglo Futuro* de la traducción del título, y al día siguiente *La Correspondencia* quitó el *fiacre* y puso el *coche*, lo cual tampoco era traducir bien... Pero vamos á lo que importa.

El enemigo, que no dormía.....

El enemigo de *La Correspondencia* no crean ustedes que es el diablo, no; con éste suele estar á partir un folletín; el enemigo de *La*

Correspondencia es *El Imparcial*. El enemigo, que no dormía, como íbamos diciendo, solicitó por bajo de cuerda publicar también el susodicho *fiacre*, y puso tentaciones á la fidelidad de Montepín. Mas todo fué en vano; éste se mantuvo firme como una roca, y *La Correspondencia* tuvo otra vez la satisfacción de anunciárselo á los infinitos. Su triunfo era completo.

¡Ay! pero ¡cuán leves y mudables son las cosas del mundo!

Tantas veces irá el cántaro á la fuente, que al fin se quiebre, dice el proverbio popular; y en efecto, tantas veces fué á París *El Imparcial*, que al fin se quebró la fidelidad literaria de Javier de Montepín, y un bello día, como dicen los franceses, en que *La Correspondencia* andaba muy ufana publicando una novela de su novelista particular, titulada *Su alteza el dinero*, apareció en *El Imparcial* una especie de siniestro cartel de desafío, anunciando á sus no menos infinitos lectores, para el día menos pensado, la publicación de otra novela de Javier de Montepín, titulada *Su alteza el amor*.

«Entre el amor y el dinero—debió decir después de pasado el primer susto *La Correspondencia*—siempre ha vencido este último; de suerte que la victoria está de mi parte».

Pero el cartel siniestro continuaba apare-

ciendo en *El Imparcial*, terrible, amenazador, todos los días.

«NUESTRO NUEVO FOLLETÍN.—PRÓXIMA Á TERMINAR LA PUBLICACIÓN DE LA NOVELA... tal, TENEMOS DISPUESTO PARA APARECER INMEDIATAMENTE EN NUESTRO FOLLETÍN LA INTERESANTE OBRA (la gramática es como de *El Imparcial*; dispuesto para aparecer... dispuesto la obra) SU ALTEZA EL AMOR, UNA DE LAS NOVELAS MÁS CONMOVEDORAS DE JAVIER DE MONTEPÍN. *El éxito alcanzado en Francia por SU ALTEZA EL AMOR ha sido extraordinario; su acción dramática, palpitante... etc., etc. Nadie ha sabido como Javier de Montepín dotar de más interés á sus narraciones (otra vez la gramática de El Imparcial; nadie ha sabido dotar de más... como...), incidentes... originalidad... lucha social... interés arrebatador...»*

Y todo así por este estilo, en variedad de letras y de malas concordancias.

Y esto un día, y otro, y otro.

Lo cual era ya más que suficiente para desazonar á *La Correspondencia*.

Pero como una desgracia nunca viene sola, cuando *La Correspondencia* iba devorando ésta poco á poco, ¡paf! se encontró con una demanda de Javier de Montepín, para que no continuara publicando la novela de *Su alteza el dinero*, porque esta *alteza* como todas las *altezas* literarias de la misma índole, era ya

propiedad exclusiva del enemigo, es decir, de *El Imparcial*.

Figúrense ustedes el disgusto de *La Correspondencia*.

«Ya conocemos el juego—dijo para sí, y aun para los demás.—Se nos ha dejado publicar la mayor parte de la novela y se nos prohíbe concluirla, para que ahora nuestros infinitos, engolosinados con lo sabroso del argumento, compren y agoten en un santiamén la nueva edición que el enemigo prepara.

»Pues vive *Su alteza el dinero* que no ha de ser así, que no comprarán tal; porque ya que no podamos publicar lo que falta de la novela, les contaremos á nuestros lectores el argumento, que ya no tiene nada de particular, ni ofrece interés, porque todo lo que falta se reduce á que *Lazarine* (debe ser *Lazarina*) intenta matar á *Marcelo*, dejando arder la casa en que creía encontrarse, á que éste se entienda con el príncipe y ambos la desprecian, y á que sorprendida *Rence* en el momento de ir á dar muerte á su hermana, se suicida con el mismo veneno por ella preparado».

¡Caracoles! dirán ustedes. Si en esto que no tiene nada de particular hay una mujer que tiene dos amantes, un asesinato frustrado y asesinato por medio de incendio, una tentativa de fratricidio por envenenamiento y un suicidio, ¿qué no habría allá por el cuerpo de

la obra, donde ofrecía interés?... Figúrense los ustedes si aciertan.

En fin, el caso es que *El Imparcial* ha triunfado por ahora de su enemigo, y el día 15 de Octubre, señaladamente, el día de Santa Teresa de Jesús, en honor sin duda de la ilustre escritora y más ilustre santa, ha comenzado á publicar en su folletín la segunda *Alteza* del antiguo novelista particular de *La Correspondencia*, *Su Alteza el amor*, cuya primera parte se titula *por las mujeres* y comienza así:

«Si alguno de nuestros lectores hubiese cruzado la calle de la Victoria en Setiembre del año último no hubiera dejado de fijar la vista en una magnífica casa, en el quicio de cuyo gran portal á derecha é izquierda se ostentaban sendas placas de mármol negro, sobre las cuales destacaba el siguiente rótulo.»

Por donde se ve desde luego que el honorable traductor no sabe á punto fijo lo que es quicio ni lo que es destacarse.

Un poco más adelante, hablando de la casa, dice: «se entra por el portal, atravesando éste...» lo cual para todo cristiano está de sobra; pero los infinitos lectores de los folletines de *El Imparcial*... ¿quién sabe? puede ser que hasta ignoren que por los portales se entra en las casas.

De todos modos, *El Imparcial* no debe todavía cantar victoria. Aún está la pelota en el Juzgado. *La Correspondencia* se defiende

contra la demanda de Montepín y piensa llevar el asunto, si es preciso, del Juzgado á la Audiencia, y si también allí la sentencia la fuere contraria, al Tribunal Supremo para que la case.

Y en este caso lo que debiera hacer el Tribunal Supremo era casar á *El Imparcial* y á *La Correspondencia*.

Para bien de la literatura... cruzada.

EL ULTIMO MONO.

(HISTORIA NATURAL.)

EL PRESIDENTE DEL CONSEJO Á UN MINISTRO.—He observado que el departamento de usted es, entre todos, el que da lugar á más preguntas en las Cámaras y á mayor número de reclamaciones de expedientes. Es necesario imprimir al despacho de asuntos más actividad. Es necesario evitar en lo posible reclamaciones y preguntas, ó á lo menos poder contestar á ellas racional y categóricamente. Es necesario no dar á las oposiciones pretexto para combatirnos. Esto no es decirle á usted que me presente la dimisión..... Pero la verdad es que hay dentro del partido muchos hombres con la suficiente capacidad para ser ministros, y quizá dispuestos á aceptar la cartera y aun á desempeñar su cargo con inteligencia y actividad, con verdadero celo.

EL MINISTRO AL SUBSECRETARIO.—Crea usted que siento mucho tener que hacer ciertas indicaciones..... Pero ayer me interpelaron en el Senado sobre un asunto que yo no conocía; anteayer me preguntaron en el Congreso por

un expediente de que usted no me había enterado. El presidente desea que no se dé lugar á preguntas ni interpelaciones, y yo también. Otros subsecretarios corren ellos con todos los asuntos sin dejarle al ministro más trabajo que el de firmar, y así debe ser. Si recomendara á usted mayor actividad creería ofender la suceptibilidad de usted... Por mucho menos hice yo dimisión cuando fuí subsecretario del señor Chanchullos, en tiempos de los moderados históricos.....

EL SUBSECRETARIO AL DIRECTOR GENERAL.— ¡Qué dirección la de usted más embrollada! Le aseguro á usted que ninguna me da tanto que hacer como ella; se me figura á mí que otros directores se esmeran más en el despacho de los negocios... En fin, yo creo que no se puede ser director sin asomar nunca por la oficina más que á última hora, de prisa y corriendo... Me parece que no me equivoco si le digo á usted que el ministro está decidido á admitirle á usted la dimisión si se la presenta, porque está cansado de sufrir las reclamaciones que de asuntos concernientes á esa dirección le hacen todos los días.

EL DIRECTOR GENERAL AL JEFE DEL NEGOCIADO.—Mire usted, esto no puede seguir así. El ministro y el subsecretario desean que se les eviten quebraderos de cabeza y yo no puedo hacerlo todo. Será casualidad, pero del negociado de usted es de donde me vienen á

mí todos los disgustos.... El expediente de dos años y medio que reclamó hace dos meses en el Senado el marqués del Fracaso y que no pareció hasta antes de ayer, era del negociado de usted. El otro expediente de indemnizaciones por la guerra civil, que reclamó al abrirse la legislatura el conde del Patatal y que aún no ha parecido, debe de ser del negociado de usted... No hay paciencia para tanto... Considere usted mi situación y obre usted como debe obrar un hombre á quien le indican, siquiera sea de la manera más suave, que no sirve para el cargo que desempeña.....

EL JEFE DEL NEGOCIADO Á VARIOS OFICIALES.—Su trabajo de usted es incompleto; yo no puedo poner esto á la firma..... El de usted lo mismo..... Esa clasificación que ha hecho usted es muy deficiente, y á primera vista parece arbitraria. Se necesita leer toda la explicación para enterarse, y yo no puedo entretenerme en eso. No puedo presentar con confianza ningún trabajo de ustedes, porque á lo mejor resulta que no valen. Han de ocuparse ustedes con más celo en los asuntos ordinarios que les están encomendados y en los extraordinarios que se les encomienden..... Un primo de mi mujer, que vive á dos leguas escasas de Vitigudino, se me quejó ayer de que no le he contestado á dos cartas. Si he de cuidar yo también de contestar á la correspondencia particular, ¿para qué paga el Estado tantos

oficiales?..... Es la última vez que hablo con ustedes de estas cosas amistosamente.....

EL OFICIAL Á LOS ESCRIBIENTES.—¡Hombre, qué torpeza! Esto es letra de López. *Hayer con h!* ¡Oy sin ella! ¡*Jertrudis con j!* ¡Pues esto es peor! ¿Es de usted, Fernández?..... Ha de saber usted que estos rasgos no están admitidos en oficinas..... Este escrito no se puede llevar á firmar... á no ser algún día que el jefe no hubiera traído los anteojos..... ¡Vamos! ¡Esto pasa de raya! ¡Zeferino con Z! ¡Harmonía con h! ¡Llave con y griega! ¡Ayudar con ll!..... Y esto es de Pérez..... ¿Dónde le han enseñado á usted esta ortografía? Yo no he venido aquí á ser maestro de escuela... Voy á proponer al jefe la separación de ustedes en masa para bien del servicio.....

EL ESCRIBIENTE AL PORTERO.—Oiga usted, aquí me falta un lápiz sin estrenar; ayer me faltó otro á medio uso..... Esto parece el puerto de Arrebata-capas.... Anteayer me faltó una caja de plumas casi llena..... Si no cuida usted de lo que hay en las oficinas, ¿se puede saber para qué está usted ahí?..... Muchos días al entrar encuentro los papeles en el mayor desorden..... Más cuidado, más cuidado... Y esto en el supuesto de que sólo sea negligencia..... Esto no puede seguir así..... El día pasado me faltó una manga de percalina..... Si me quejo al oficial verá usted la que se arma.....

EL PORTERO AL PRETENDIENTE.—¡Déjeme usted en paz, hombre, déjeme usted en paz!... No señor, no se puede pasar..... A ninguna hora; no vuelva usted á ninguna hora..... Le digo á usted que no se puede ver á nadie..... Su Excelencia me tiene dadas órdenes terminantes..... El subsecretario lo mismo..... No, el subsecretario no; pero es igual... que no señor, ni al señor Martínez..... Le he dicho á usted que no ¡ea!..... Mas que le haya citado á usted... y no me incomode usted más, que estoy de un humor..... ¿Por qué no se dedica usted á otra cosa?.....

EL PRETENDIENTE Á SU MUJER.—El cuello de esta camisa se me sube al cogote, los puños están blandos..... Ya se han arrugado todos. No se puede uno presentar en parte ninguna..... ¡Eso es!..... Esta mañana el chocolate ahumado, ahora los garbanzos llenos de espuma... No sé para qué se molesta uno en buscar destino, sufriendo sofiones y refrentadas por todas partes, porque lo mismo da ganar sueldo que no: nada luce..... Otras mujeres con menos hacen milagros..... Esta carne está dura..... El pan es de ayer..... ¡Mátese usted para esto!

LA MUJER DEL PRETENDIENTE AL NIÑO (*levantándole la camisa.*)—¡Toma! ¡toma! ¿No te he dicho que no me derrames agua en el suelo? ¿Cuántas veces se te han de decir las cosas? Has puesto el piso perdido... lo mismo

que ayer..... ¡Toma, *arrastrao*, que me has de quitar la vida!.....

El niño, á su vez, en medio del aturdimiento y del susto que le produce la azotaina, aprieta involuntariamente á un pajarillo que tiene en la mano y le ahoga. (1)

(1) Siendo muchacho leí en un periódico una gacetilla sobre el mismo pensamiento desarrollado en este artículo, que escribí unos veinte años después recordando la lectura, y que, por consiguiente, no es original.

LO DE LA CIBELES.

(RECURSO Á JÚPITER.)

Sr. D. Antonio:

Hay un refrán que dice: «El hambre y el frío te llevarán á casa de tu enemigo.» Yo no tengo frío ni hambre, gracias á Dios, y por consiguiente, ni es el hambre ni es el frío lo que me lleva á casa de usted, aunque no sea más que figuradamente; pero he citado el refrán para dar á entender que, cuando yo me decido á llamar á las puertas de usted, que si no me profesa verdadera enemistad, por lo menos es indudable que no me quiere bien del todo, muy grave tiene que ser la causa. Y lo es en efecto; mucho más grave que las dos del refrán, y más poderosa entre personas bien nacidas.

Trátase de la defensa de una señora que, aun prescindiendo de su deidad, sólo con ser hermosa y con ser infortunada y desvalida, tendría bastante para interesar y mover en su favor los nobles corazones. Y si, como hermosa, no se puede negar que lo es nuestra Cibeles, como desvalida y desgraciada tam-